

Eclesiástica; a la Junta Directiva del Colegio Máximo de las Academias, al Instituto Caro y Cuervo, y al Gobernador del Norte de Santander”.

ANTONIO ÁLVAREZ RESTREPO  
Director Encargado

HORACIO BEJARANO DÍAZ  
Secretario

Santafé de Bogotá, D. C., noviembre 9 de 1992.

\* \* \*

### JUSTIFICADA Y HERMOSA EXISTENCIA LA DE MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI

Palabras del doctor Ignacio Chaves C., director profesor del Instituto Caro y Cuervo, al final de la ceremonia litúrgica ofrecida por el Colegio Máximo de las Academias, en la iglesia de San Ignacio.

Doloroso y sentido deber el dar simbólica despedida al padre Manuel Briceño Jáuregui, como colofón de la solemne ceremonia litúrgica a la que hemos asistido con el alma agobiada por la ausencia, el afecto y la amistad.

Me dirijo a ustedes en nombre y representación del Instituto Caro y Cuervo, que tuvo en el padre Briceño a uno de sus más eminentes investigadores y colaboradores, y al hacerlo recojo conmovido el sentir unánime de quienes lo integran y el obligante encargo de su Junta Directiva. Hablo, también, por honrosa designación, en nombre del Colegio Máximo de las Academias, entidad que él presidió en la última etapa de su vida. Llevado a esa dignidad por las corporaciones que lo conforman, como reconocimiento a las excelsas calidades humanas y científicas de este varón de singular cultura, quien ha partido para sobrevivir en la historia y en la inmortalidad.

Su ausencia reclama un instante de reflexión sobre el sentido de su valiosa existencia y sobre el significado de una labor en la que se empeñó con amor, con vocación, con generosidad espiritual y con espléndida capacidad de trabajo.

En el proceloso mundo en que nos va tocando vivir resulta ejemplarizante encontrar seres que como el padre Briceño sientan y ejerciten la cultura como la más alta y noble de las actividades humanas; que se entreguen de manera tan lúcida y desinteresada al servicio de la docencia, del estudio y de la investigación, para enriquecer y ennoblecer la existencia de los miembros de una sociedad que entienden que la cultura y todas las actividades que la conforman o que de ella se nutren, son el fundamento, el sustento de la vida y no mero adorno del acontecer existencial. Más aún en un medio que se nutre

del olvido y de la desidia por lo esencial del destino de los hombres y de los pueblos.

Humanista y letrado, hombre de bien y de servicio, entendió la existencia como la oportunidad de servir al prójimo, pero en especial como la más acabada manera de servir a Dios, de patentizar un pensamiento filosófico y religioso que busca hacer de la condición humana una realidad digna, justa, amable, en la que imperen el bien y la verdad.

Cada una de las etapas de su transcurrir terrenal desde su ingreso a la Compañía de Jesús se tornó en una adquisición de progreso y enriquecimiento espirituales, así su doctorado en Oxford y su profundización en la investigación del griego, el latín y las humanidades; tal su pasión por la filología clásica, por la historia de América Hispana y por el saber popular folclórico. Así, igualmente, su interés por la continuidad, el progreso y el desarrollo de las diferentes corporaciones académicas a las que perteneció, en particular por la Academia Colombiana de la Lengua y por el Instituto Caro y Cuervo. Todo lo cual se tradujo en investigaciones y monografías recogidas en numerosos volúmenes que hacen de su obra copiosa bibliografía, quizá una de las más fecundas de la historia nacional.

Su inesperada ausencia priva a tantas instituciones y a la cultura nacional del concurso de su sabiduría y del vigor de sus facultades todavía frescas para rendir abundantes y promisorios frutos. Nos deja, en cambio, el valor de su ejemplo, la entereza de su saber, el acopio de sus virtudes cristianas y, por sobre todo, la discreción, la sencillez y la modestia que caracterizan a los mejores seres humanos, a los auténticos sabios y a los verdaderos y entrañables amigos.

Por designio inescrutable de la Providencia, rindió la última jornada en el desempeño de importante misión en la conmemoración del V Centenario del primer estudio científico de nuestra lengua materna, la *Gramática* de Elio Antonio de Nebrija.

Partió en el curso de sus actividades de filólogo y humanista, dándonos con su muerte el último y acaso el más alto ejemplo de entrega al deber y de fidelidad a la vocación intelectual. Justificada y hermosa existencia la de Manuel Briceño Jáuregui. Más hermosa aún y más valedera desde la perspectiva de su ausencia, desde el horizonte de la muerte, cuando el rigor y la fecundidad de su trabajo lo señalan como artífice y testimonio de buena parte de cuanto quedará en la historia cultural de un continente, de un país y de una tradición subyugados por valores aciagos, por concepciones fútiles y pasajeras, por desgarradoras realidades que niegan la paz, el pan y la palabra.

## UN HUMANISTA CABAL

Palabras pronunciadas por el doctor Guillermo Ruiz Lara, Secretario General del Instituto Caro y Cuervo, en el Paraninfo de la Academia